

que éste hiciera el escrutinio. Habían votado 3.577.259 ciudadanos, y de este número 3.568.885 lo habían hecho por el consulado perpetuo; es decir que al lado de aquel total enorme de aprobadores, sólo una imperceptible minoría de ocho mil y algunos cientos habían negado su voto. Jamás obtuvo gobierno alguno más completo asentimiento ni le mereció en igual grado.

Publicado este resultado, expidió el senado un senado-consulta en tres artículos. El primero estaba concebido así: *El pueblo francés* nombra y el senado proclama á NAPOLEÓN BONAPARTE primer cónsul perpetuo.

Desde esta época empieza el nombre de NAPOLEÓN á figurar en las actas públicas al lado del apellido BONAPARTE del general, único conocido hasta entonces en el mundo. Ese nombre tan glorioso, que tanto repitió después la voz de las naciones, no se había empleado aún más que una sola vez y fué en el acta constitutiva de la república italiana. Este nombre, separándose poco á poco de su apellido á medida que se acercaba á la soberanía, estaba destinado á figurar en breve aislado en la lengua universal, y el general Bonaparte, llamado por poco tiempo Napoleón Bonaparte, debía en breve llamarse sólo Napoleón, conforme al modo de designar á los reyes.

El segundo artículo del senado-consulta disponía que una estatua de la Paz, teniendo en una mano el laurel de la victoria y en la otra el decreto del senado, atestiguaría á la posteridad la gratitud de la nación.

Finalmente, disponía el tercer artículo que el senado en corporación iría á presentar al primer cónsul, con este senado-consulta, una manifestación de la CONFIANZA, del AMOR y de la ADMIRACIÓN que el pueblo francés le tributaba. Estas tres palabras son textuales en el mismo decreto.

Para que el senado pasase á las Tullerías se eligió un día de solemne recepción diplomática, que fué el 3 de agosto de 1802 (15 termidor) por la mañana. Estaban reunidos todos los ministros de la Europa pacífica en un gran salón, donde el primer cónsul acostumbraba á recibirlos y á admitir á su presencia á los extranjeros de distinción. Apenas empezó la audiencia, fué anunciado el senado; esta corporación reunida en masa fué anunciada en el instante mismo. Llevaba la palabra el presidente Barthelemy, y dijo al primer cónsul:

«El pueblo francés, agradecido á los inmensos beneficios que le habéis hecho, quiere que la primera magistratura del Estado permanezca inamovible en vuestras manos. Disponiendo así de vuestra vida entera, no ha hecho más que expresar el pensamiento del senado consignado en el senado-consulta del 18 floreal. Con este acto solemne de gratitud, la nación os confiere la misión de consolidar nuestras instituciones.»

Después de este exordio enumeraba el presidente con brevedad las grandes acciones del general Bonaparte en paz y en guerra, predecía las prosperidades del porvenir, sin las desgracias que quizás entonces nadie preveía, y le repetía finalmente lo que en la actualidad proclamaban todas las bocas de la fama. Leyó en seguida el presidente el texto del decreto, y el primer cónsul inclinándose ante el senado respondió con estas dignas palabras:

«La vida de un ciudadano es propiedad de su patria.

El pueblo francés quiere que le consagre yo la mía entera..., y obedezco á su voluntad.

»Por mis esfuerzos, por vuestro auxilio, ciudadanos senadores, por el auxilio de todas las autoridades, por la confianza y la voluntad de este inmenso pueblo, la libertad, la igualdad y la prosperidad de la Francia durarán al abrigo de los caprichos de la suerte y de la incertidumbre del porvenir. El mejor de los pueblos será el más dichoso, como es el que más merece serlo, y su felicidad contribuirá á la de la Europa entera.

»Satisfecho entonces de haber sido llamado por aquel de quien emana toda autoridad á restablecer en la tierra el orden, la justicia y la igualdad, oíré sonar mi hora postrera sin pesar y sin inquietud acerca de la opinión de las generaciones futuras.»

Después de tributar afectuosas gracias al senado, le despidió el primer cónsul, y continuó recibiendo á los extranjeros que le introducían los ministros de Inglaterra, de Rusia, de Austria, de Prusia, de Suecia, de Baviera, de Hesse, de Wurtemberg, de España, de Nápoles y de América; porque á la sazón el universo entero estaba en paz con la Francia. Aquel mismo día fueron presentados al primer cónsul lord Holland y lord Grey (los mismos que la generación actual ha conocido), con otros muchísimos personajes de distinción.

Al siguiente día, 4 de agosto, se sometieron al Consejo de Estado los nuevos artículos modificando la Constitución. Presidía el primer cónsul esta sesión solemne; iba leyendo los artículos uno tras otro, y exponiendo sus motivos con exactitud y vigor. Expresó sobre cada uno de ellos las ideas que acabamos de explicar. Provocaba por sí mismo las objeciones y contestaba á ellas. Hubo sobre el nombramiento de sucesor una ligera discusión, en la que pudo notarse todavía cierta huella de la resistencia que había opuesto á semejante disposición. Petiet y Roederer sostenían que la designación de sucesor hecha por testamento debía ser tan obligatoria como si se hiciera por adopción solemne en presencia de las corporaciones del Estado. El primer cónsul no quiso que el testamento tuviese para el senado fuerza obligatoria, por la razón de que después de muerto un hombre no era ya nada por grande que hubiese sido; porque su última voluntad podía siempre ser anulada, y sometiéndola á la ratificación del senado, no se hacía más que reconocer una necesidad inevitable. Con este motivo pronunció sobre el derecho hereditario algunas frases notables que probaban que por entonces estaba muy lejos de intentar establecerlo. Repitió, con efecto, con ciertas explicaciones, que semejante derecho no estaba en armonía con las costumbres y las opiniones reinantes. No era de suyo propenso á la mentira ni á la hipocresía; pero sujeto como lo están siempre los hombres á la influencia del momento actual, reprochaba el derecho hereditario porque había visto á los ánimos poco dispuestos á adoptarlo, y porque revestido, por otra parte, con un poder enteramente monárquico, se contentaba con la realidad sin el título. A juzgar por sus palabras, sus ideas en este punto eran fijas y declaradas.

Hubo después reclamaciones contra la institución del Consejo privado y en favor del Consejo de Estado, cuyas atribuciones menoscababa un tanto aquella nueva institución. En esto descubrió el primer cónsul cierto

embarazo ante un cuerpo al cual hasta entonces había tratado con una predilección muy señalada, y al que parecía despojar ahora de alguna parte de su importancia. Dijo que el Consejo privado sólo se había instituido para casos sumamente raros, que exigían un secreto riguroso imposible en una reunión de cuarenta ó cincuenta individuos; que por lo demás el Consejo de Estado conservaría siempre la misma importancia y seguiría entendiendo en los grandes negocios.

Después de algunas modificaciones de pormenor, fué presentado el senado-consulta al senado, y después de una especie de ratificación, convertido en senado-consulta orgánico. Fué publicado al día siguiente, 5 de agosto (17 termidor), con las formas acostumbradas, y de este modo vino á ser el complemento de la Constitución consular.

Experimentaba la Francia una satisfacción profunda. La familia del primer cónsul no había visto realizarse ni todos sus temores ni todos sus deseos; no obstante, participaba del general contentamiento. Madama Bonaparte empezaba á tranquilizarse viendo desvanecida la idea de la soberanía. Todo cuanto ella deseaba era esa especie de derecho hereditario que dejaba al jefe del Estado el arbitrio de elegir su sucesor, por cuanto no tenía hijos del general Bonaparte, y sí una hija querida, esposa de Luis, que iba á ser madre en breve. Anhelaba y lisonjébase de tener un nieto; creía ver en éste al heredero del cetro del mundo, y su esposo participaba de estas miras. Los hermanos de Napoleón (así le llamaremos en lo sucesivo) se mostraban menos satisfechos y especialmente Luciano cuya continua actividad mental nada bastaba calmar. Pero en los artículos orgánicos acababa de introducirse expresamente por ellos una disposición dirigida á halagarlos. La ley de la Legión de Honor establecía que el gran Consejo de la Legión se compondría de tres cónsules y de un representante de cada uno de los grandes cuerpos del Estado. El consejo de Estado había nombrado para este cargo á José Bonaparte; el tribunado á Luciano. Una disposición del senado-consulta prescribía que los miembros del gran Consejo de la Legión de Honor serían senadores natos; eran, pues, los dos hermanos de Napoleón personajes principales en la honrosa institución encargada de distribuir todas las recompensas, y además miembros del senado llamados naturalmente á ejercer en este cuerpo una poderosa influencia. José, moderado en sus deseos, parecía no desear ya cosa alguna; Luciano sólo estaba satisfecho á medias; no era propio de su natural el estarlo más. El primer cónsul, al hacer cónsules perpetuos á sus colegas Cambaceres y Lebrún, se propuso tener á su lado como unos compañeros de su propia fortuna, y lo consiguió. Sólo un personaje de aquel tiempo salía poco ganancioso de aquella crisis tan favorable al engrandecimiento de todos, y era Mr. Fouché, el ministro de la Policía. Bien fuese que se hubiera hecho notoria su opinión personal acerca de los proyectos de la familia de Bonaparte, ó bien que los esfuerzos hechos para perderle hubiesen triunfado, ó lo que es más probable, que quisiera el primer cónsul añadir á todos sus actos recientes de clemencia y de conciliación una medida que participase aún más que las otras del carácter de confianza y de olvido, el caso fué que quedó suprimido el ministerio de Policía.



Regnier

á los cuales refrenaba. Le suprimió el primer cónsul, y se contentó con trocar la policía en una mera dirección general aneja al ministerio de Justicia. Encargóse esta dirección al consejero de Estado, Real. Se separó de la administración de la justicia á Mr. Abrial, hombre juicioso atento á sus deberes, pero que por lo lento y trabajoso de sus tareas era poco grato al primer cónsul; confiése ésta á Mr. Regnier, después duque de Massa, magistrado erudito y fecundo, que logró inspirar confianza y afecto al personaje que disponía de todas las fortunas. Recibió Regnier, juntamente con la administración de la justicia, el título de gran juez nuevamente creado por el senado-consulta orgánico. La índole de su genio le hacía poco apto para dirigir á Mr. Real en las arduas investigaciones de la policía, así que, despachando éste directamente con el primer cónsul, llegó á hacerse casi independiente del ministerio de Justicia. Desgraciadamente iba á faltar con Mr. Fouché el conocimiento de los hombres y de las relaciones con los partidos, que él sólo poseía en igual grado. Este precipitado sacrificio á las ideas del día carecía de disculpa y produjo, como se verá en breve, consecuencias muy eno-

josas. Sin embargo, no se quería que el ministro Fouché pareciese caído en desgracia, por lo que, lo mismo que á Mr. Abrial, se le reservó un puesto en el senado. Obtuvo Mr. Fouché que se hiciera mención honorífica de sus servicios en el decreto que le nombraba senador, y aun se dijo en este decreto que si con el tiempo se juzgaba necesario renovar la institución actualmente suprimida, volvería á dejar Mr. Fouché los escaños del senado para ocupar el ministerio de Policía. Hicieronse también algunas otras alteraciones en el personal del gobierno. Mr. Røederer, que en materia de negocios de instrucción pública, de que estaba encargado, no andaba muy acorde con el ministro de lo Interior Chaptal, cedió aquella dirección al sabio Fourcroy, y obtuvo por vía de indemnización, como Fouché y Abrial, un puesto en el senado. Nombró además el primer cónsul senador al respetable arzobispo de París Mr. de Belloy; con esto no pretendía dar influencia al clero en los negocios políticos; pero quería que los grandes intereses sociales, así el de la religión como todos los demás, estuviesen representados en el senado.

Celebróse por la primera vez el 15 de agosto (27 temidor), como aniversario del nacimiento del primer cónsul; es decir, que se iban introduciendo progresivamente los usos monárquicos que hacen de la festividad del soberano una festividad nacional. Aquella mañana recibió el primer cónsul al senado, al tribunal, al Consejo de Estado, al clero, á las autoridades civiles y militares de la capital, y al cuerpo diplomático, que acudieron á darle el parabién por la felicidad pública y por la suya en particular. A mediodía se cantó un *Tedum* en la Iglesia de Nuestra Señora y en todas las demás de la república. Por la noche hubo brillantes iluminaciones, representando ya el numen de la victoria, ya el numen de la paz, ya por fin sobre una de las torres de Nuestra Señora el signo del zodiaco bajo el cual había nacido el autor de todos los beneficios de que la nación daba gracias al cielo.

Pocos días después, el 21 de agosto (3 fructidor), fué el primer cónsul con toda pompa á tomar posesión de la presidencia del Senado. Estaban tendidas en dos hileras, formando calle, todas las tropas de la división desde las Tullerías hasta el palacio del Luxemburgo. Tiraban del carruaje del nuevo dueño de la Francia, escoltado por un numeroso estado mayor y por la guardia consular montada, ocho arrogantes caballos, como en otro tiempo los carruajes de los reyes. Nadie compartía con él el honor de ocuparlo. En los coches que formaban séquito iban los cónsules segundo y tercero, los ministros y los presidentes del Consejo de Estado. Al llegar al palacio del Luxemburgo fué recibido el primer cónsul por una diputación de diez senadores. Sentado en un sillón, asaz semejante á un trono, recibió el juramento de sus dos hermanos Luciano y José, ya senadores natos por su calidad de miembros del gran consejo de la Legión de Honor. Cumplida esta formalidad, varios consejeros de Estado elegidos al efecto presentaron cinco proyectos de senado-consultos, relativos, el primero al ceremonial de las grandes autoridades, el segundo á la renovación por series del cuerpo legislativo y del tribunal, el tercero al método que se había de seguir en caso de disolver estas dos asambleas, el cuarto á la designación de las veinticuatro ciudades capita-

les de la república, y por último, el quinto á la reunión de la isla de Elba con el territorio de la Francia.

Con objeto de que el senado lograrse inmediatamente el influjo que se le prometió en los grandes negocios del Estado, leyó Mr. de Talleyrand un informe de alta importancia sobre los arreglos que se disponían en Alemania, bajo la dirección de la Francia, para indemnizar con los principados eclesiásticos á los príncipes hereditarios desposeídos á la ribera izquierda del Rhin. Era este, según próximamente veremos en la continuación de esta historia, el negocio más importante en la actualidad. Una vez terminado, parecía que el mundo debía descansar por largo tiempo. Publicando en este informe al senado las miras de la Francia, el primer cónsul anunciaba á la Europa sus ideas sobre este importante asunto, ó por mejor decir, le intimaba sus voluntades; pues bien se sabía que no era hombre capaz de abandonar una resolución anunciada con tanta publicidad. Terminada la lectura de este informe, se retiró dejando al senado el encargo de examinar los cinco senado-consultos orgánicos que acababan de sometersele.

Acompañado nuevamente por los diez senadores que le recibieron á su llegada, y recibido á su paso por las aclamaciones del pueblo de París, volvió el primer cónsul al palacio de las Tullerías, como un monarca constitucional que acaba de celebrar una sesión regia.

Estaba muy adelantado el verano, pues iba á concluir el mes de agosto. Fué á tomar posesión el primer cónsul del palacio de Saind-Cloud, que rehusó primeramente cuando le fué ofrecido como habitación de campo. Mudando de pensamiento, mandó hacer en él restauraciones, que, poco considerables en un principio, se extendieron en breve al palacio entero; acababan de terminarse las obras, y aprovechando la ocasión fué á establecerse á aquella suntuosa morada. En ella recibía en días señalados á los altos funcionarios, á los grandes personajes de todas las clases, á los extranjeros y á los embajadores. Los domingos se decía misa en su capilla, y ya los impugnadores del Concordato empezaban á asistir á ella lo mismo que se asistía tiempos atrás á la misa de Versalles. El primer cónsul, acompañado de su esposa, oía una misa sumamente ligera, y después se entretenía en la galería del palacio con los personajes que iban á visitarle. Los asistentes formados en dos hileras, esperaban sus palabras y las retenían en la memoria con la misma avidez con que se escucha cuanto pronuncian los reyes ó los grandes genios. Él era en aquel círculo el centro de todas las miradas; ningún potentado de la tierra obtuvo jamás ni mereció en igual grado los sinceros homenajes de que él era objeto á la sazón, así de parte de la Francia como del mundo entero.

Despuntaba ya el prestigio imperial que tanto brilló luego, pero con el asentimiento universal de los pueblos, bajo formas menos monárquicas, aunque quizá más dignas, por cuanto aún duraba cierta modestia republicana que convenía mucho á ese nuevo poder y que recordaba á Augusto conservando en el poder supremo los hábitos exteriores del simple ciudadano romano.

Suele á veces el viajero después de un largo camino, atravesando una pintoresca y dilatada comarca, detenerse un instante para contemplar desde alguna eminencia el país que ha recorrido; hagámoslo así nos-

otros, detengámonos, y dirijamos una mirada retrospectiva para contemplar los prodigiosos trabajos llevados á cabo por el general Bonaparte desde el 18 brumario. ¡Qué profusión, qué variedad, qué grandeza de acontecimientos! Después de haber cruzado los mares como milagrosamente, y vuelto á ver la Francia, sorprendida y fuera de sí por su repentina aparición, derrocado el Directorio, tomado el poder y aceptado, modificándola en lo concerniente al poder ejecutivo, la Constitución de Mr. Sieyès, introdujo provisionalmente cierto orden en la administración, restableció la recaudación y el pago del impuesto, restauró el crédito, envió socorros á los ejércitos, aprovechó el invierno para precipitar sobre la Vendée una reunión imprevista de tropas, volvió á mandar rápidamente estas mismas tropas á las fronteras, y en medio de la aparente confusión de todas estas operaciones, creó al pie de los Alpes un ejército ignorado, inverosímil y destinado á caer de improviso sobre los enemigos que se negaban á creer en su existencia. Dispuestas todas las cosas para entrar en campaña, ofreció á la Europa la paz á la guerra, y preferida la guerra, mandó el paso del Rhin, llevó á Moreau al Danubio, y puso á Massena en Génova para oponer un dique á los austriacos y entretenerlos allí. Después, habiendo Moreau por una parte repelido á Mr. de Kray sobre Ulm, y Massena por otra detenido á Mr. de Melas sobre Génova por medio de una defensa heroica, él de súbito atravesó los Alpes sin camino abierto, arrastrando su artillería en troncos de árboles; apareció en medio de la asombrada Italia, cortó la retirada á los austriacos, y en una batalla decisiva, perdida y vuelta á ganar repetidas veces, aprisionó su ejército, recobró la Italia, aniquiló los proyectos de la coalición y arrancó á la Europa confundida un armisticio de seis meses.

En estos seis meses de tregua fueron aún más asombrosos los trabajos del primer cónsul. Administrando y negociando á un tiempo mismo, cambió la faz de la política, granjeó las afecciones de la Europa á favor de la Francia y contra la Inglaterra, ganó el corazón de Pablo I, decidió las incertidumbres de Prusia, inspiró á la Dinamarca y á la Suecia el ánimo de resistirse á las violencias marítimas de que su comercio era objeto, trabó de este modo la liga de los neutrales contra la Gran Bretaña, cerró á ésta los puertos del continente desde el Texel hasta Cádiz y desde Cádiz hasta Otranto, y preparó inmensos armamentos para socorrer al Egipto. Mientras todo esto hacía, concluyó la reorganización de la hacienda, robusteció el crédito, pagó en numerario á los acreedores del Estado, creó el Banco de Francia, reconstruyó los caminos, reprimió el saqueo, atravesó los Alpes con soberbias carreteras, estableció hospederías en sus alturas, emprendió la gran plaza de Alejandría, perfeccionó á Mantua, abrió canales, echó nuevos puentes y empezó la redacción de los Códigos. Finalmente, después de seis meses de armisticio, como el Austria titubease aún en firmar la paz, impelió á Moreau hacia adelante, y éste, acabando con la memorable batalla de Hohenlinden la destrucción de la potencia austriaca, la hizo prometer bajo los mismos muros de Viena una paz que en breve se firmó en Luneville.

Entonces fué cuando el crimen detestable de la máquina infernal, que puso en peligro los días del primer

cónsul, exasperó su alma ardiente, y provocó el único yerro cometido en aquella época de perfecta conducta, cual fué la deportación de ciento treinta revolucionarios sin forma de juicio. ¡Tristes vicisitudes de la violencia en las revoluciones! Los asesinos de septiembre en aquella dura expiación que cayó sobre sus cabezas no encontraron á su vez defensa ni en las leyes ni en los corazones; y el tribunal, que se oponía á las más sabias medidas del primer cónsul, no osó desplegar los labios en favor de aquellos proscritos!

Dominador después del continente, y habiendo logrado desacreditar y expulsar de los negocios á los dos ministros Thugut y Pitt, fautores de todas las coaliciones que se tramaban en Viena y en Londres, concitó el primer cónsul á la Europa entera contra la Inglaterra. Nelson, batiendo á los daneses en Copenhague y los rusos asesinando á su emperador, salvaron á la Inglaterra de los desastres que la amagaban, pero al libertarla de aquel amago no le dieron ni valor ni medios para prolongar la guerra.

Temerosa y admirada la nación inglesa en presencia del general Bonaparte, acababa por fin de consentir la paz de Amiéns, la más gloriosa que concluyó jamás la Francia.

¡Quedaba, pues, cerrado el templo de Jano! Entonces, queriendo el primer cónsul añadir á la paz con las potencias europeas la paz con la Iglesia se apresuró á negociar el Concordato, á reconciliar con Roma la revolución, á restaurar los altares, á devolver á la Francia todo cuanto es necesario á las sociedades civilizadas, y al llegar al tercer año de su consulado, se presentó ante las dos asambleas legislativas, llevando en sus poderosos brazos la paz con la tierra y con los mares, la paz con el cielo, la amnistía para todos los proscritos, un código de leyes admirable, un sistema fecundo de educación pública y un sistema glorioso de distinciones sociales. Aunque se presentaba con tantos y tamaños dones, halló, no obstante, una inesperada, violenta y ciega resistencia, dimanada de buenos y malos sentimientos, de la envidia en unos, y en otros del amor á la libertad á la sazón imposible. Libre por la habilidad de su colega Cambaceres de esta resistencia, acababa, por fin, de dar cima á todas sus obras, de hacer aceptar los tratados firmados con la Europa, el Concordato, su sistema de educación secular y nacional y la Legión de Honor, y de recibir en premio de tantos beneficios el poder perpetuo y la grandeza de los emperadores romanos. Volvía ahora á emprender la tarea de los Códigos: árbitro al mismo tiempo de todos los intereses del continente, reformaba la constitución de Alemania, y distribuía aquel territorio entre sus príncipes con una equidad que toda la Europa aplaudía.

Ahora bien; si olvidando lo acontecido después, paramos mientes en este dictador entonces necesario, y nos le imaginamos tan sabio como fué grande, reuniendo esas dotes opuestas que ciertamente jamás ha juntado Dios en un mismo hombre, el poder del genio que constituye á los grandes capitanes, con la paciencia, que es el carácter distintivo de los fundadores de los imperios; calmando con un prolongado reposo á la sociedad francesa agitada, y disponiéndola gradualmente á gozar de una libertad que es á un mismo tiempo la necesidad y el honor de las sociedades modernas; des-

pués, habiendo ya hecho á la Francia tan grande, apaciguando, en vez de exasperarlos, los celos de la Europa, cambiando en un dato permanente de la política general las demarcaciones territoriales de Luneville y de Amiéns; terminando, por fin, su carrera con un acto digno de los Antoninos, y buscando sin consideración de cuna el más digno sucesor para entregarle esa Francia organizada, preparada para recibir la libertad y para siempre engrandecida: ¡qué hombre hubiera podido jamás comparársele! Pero ese genio, belicoso como César, político como Augusto, virtuoso como Marco Aurelio, hubiera sido más que un hombre, y la Providencia no envía dioses al gobierno del mundo.

Fuera de esto, aparecía en aquella época tan moderado después de haber sido tan victorioso; era legislador tan profundo después de haber sido capitán tan

esclarecido; mostraba tanto amor á las artes de la paz después de haber brillado tanto en las artes de la guerra, que bien podía fascinar á la Francia y al mundo entero. Sólo algunos de sus consejeros más íntimos y más capaces de entrever en el presente el porvenir, se mostraban tan pesarosos como admirados al ver la infatigable actividad de su mente y de su cuerpo, la energía de su voluntad y la impetuosidad de sus deseos. Temían hasta el verle hacer bien, como lo hacía, por la premura que en ello empleaba y la ambición de hacerlo inmenso. El juicioso Tronchet, que le admiraba y le era cordialmente afecto á un tiempo mismo, que le contemplaba como el salvador de la Francia, dijo, no obstante, una vez con mucha tristeza al cónsul Cambaceres: «Este joven empieza como César; mucho temo no acabe lo mismo que él.»

LIBRO DÉCIMOQUINTO

LAS SECULARIZACIONES

Felicitaciones dirigidas al primer cónsul por todos los gabinetes con motivo del consulado perpetuo.—Primeros efectos de la paz en Inglaterra. — La industria británica reclama un tratado de comercio con la Francia. — Dificultad de armonizar los intereses mercantiles de ambos países. — Folletos escritos en Londres por los emigrados contra el primer cónsul. — Restablecimiento de las relaciones amistosas con España. — Vacante del ducado de Parma, y deseo de la corte de Madrid de agregar este ducado al reino de Etruria. — Necesidad de retrasar toda resolución sobre este asunto. — Reunión definitiva del Piamonte con la Francia. — Política actual del primer cónsul con respecto á la Italia. — Relaciones excelentes con la Santa Sede. — Contestaciones momentáneas sobre una promoción de cardenales franceses. — Obtiene el primer cónsul la promoción de cinco á la vez. — Hace donativo al papa de dos bergantines de guerra, llamados el *San Pedro* y el *San Pablo*. — Contienda con el bey de Argel prontamente terminada. — Trastornos en Suiza. — Descripción de este país y su constitución. — El partido *unitario* y el partido *oligárquico*. — Viaje á París del landamán Reding. — Sus promesas al primer cónsul, desmentidas en breve por los acontecimientos. — Expulsión del landamán Reding y vuelta del partido moderado al poder. — Establecimiento de la constitución del 29 de mayo y amago de nuevas turbulencias de resultas de la debilidad del gobierno helvético. — Esfuerzos del partido oligárquico para llamar la atención de las potencias hacia la Suiza. — Atraen exclusivamente esta atención los asuntos germánicos. — Estado de la Alemania de resultas del tratado de Luneville. — Principio de las secularizaciones establecido por este tratado. — La supresión de los Estados eclesiásticos produce grandes alteraciones en la constitución germánica. — Descripción de esta constitución. — El partido protestante y el partido católico; la Prusia y el Austria; sus diversas pretensiones. — Extensión y valor de los territorios que se van á distribuir. — Pone empeño el Austria en que se indemnice á los archiduques despojados de sus Estados de Italia, y se sirve de este motivo para apoderarse de la Baviera hasta el Inn y hasta el Isar. — La Prusia, so pretexto de desquitarse de lo que perdió en el Rhin y de hacer indemnizar á la casa de Orange, aspira á crearse en la Franconia una provincia considerable. — Desesperación de las cortes de último orden amenazadas por la ambición de las principales. — Todos en Alemania dirigen sus miradas hacia el primer cónsul. — Decídese éste á intervenir para hacer ejecutar el tratado de Luneville, y para terminar un asunto que puede de un momento á otro producir una conflagración europea. — Opta por la alianza de la Prusia, y apoya con cierta mesura las pretensiones de esta potencia. — Proyecto de indemnización tratado de acuerdo con la Prusia y los príncipes secundarios de Alemania. — Comunícase este proyecto á la Rusia. — Ofrecimiento hecho á esta corte de concurrir con la Francia á una mediación en grande. — El emperador Alejandro acepta la oferta. — La Francia y la Rusia presentarán á la Dieta de Ratisbona, como potencias mediadoras, el proyecto de indemnización acordado en París. — Desesperación del Austria abandonada por todos los gabinetes, y su resolución de oponer al proyecto del primer cónsul las lentitudes de la constitución germánica. — El primer cónsul deja fallido este cálculo, y hace que la diputación extraordinaria adopte el plan propuesto mediante algunas modificaciones. — El Austria, para intimidar al partido prusiano apoyado por la Francia, hace ocupar á Passau. — Pronta resolución del primer cónsul, y su amenaza de apelar á las armas. — Intimidación general. — Continuación de la negociación. — Debates en la Dieta. — La codicia de la Prusia entorpece momentáneamente el proyecto. — El primer cónsul, para concluir de una vez, hace á la casa de Austria concesión del obispado de Aichstedt. — Cede la corte de Viena, y adopta el *conclusum* de la Dieta. — Deliberaciones de febrero de 1803 y arreglo definitivo de los negocios germánicos. — Carácter de esta célebre y difícil negociación.

La elevación del general Bonaparte al poder supremo con el título de cónsul perpetuo no sorprendió ni causó disgusto en los gabinetes europeos; la mayor parte de ellos al contrario la miraron como una nueva garantía de tranquilidad para todos los Estados. En Inglaterra, donde se observaba con inquieta atención todo cuanto en nuestro país ocurría, el primer ministro Mr. Addington se apresuró á manifestar á Mr. Otto la satisfacción del gobierno británico y su aprobación completa de un acontecimiento destinado á consolidar en Francia el orden y el poder. A pesar de que la ambición del general Bonaparte empezaba á inspirar temores, perdonábasele en atención á que en el momento actual la empleaba en dominar á la revolución francesa. La restauración de los altares, la amnistía concedida á los emigrados, agradaron sobre manera á la aristocracia inglesa y en particular al piadoso Jorge III. No fueron en Prusia menos significativas las muestras de aprobación. Esta corte, comprometida en la estimación de la diplomacia europea por haber concluído la paz con la Con-

vención Nacional, se mostraba envanecida ahora de sus relaciones con un gobierno lleno de genio, y se conceptuaba feliz al ver los negocios de Francia definitivamente en manos de un hombre cuyo auxilio esperaba ella para llevar á cabo sus ambiciosos proyectos en Alemania. Mr. de Haugwitz dirigió á nuestro embajador las más expresivas felicitaciones, y hasta se arrojó á decir que sería mucho más sencillo acabar inmediatamente y convertir en una soberanía hereditaria esa dictadura vitalicia que se acababa de conferir al primer cónsul.

El emperador Alejandro, que afectaba aparecer extraño á las precauciones de la aristocracia rusa y que seguía una correspondencia frecuente y amistosa con el jefe del gobierno francés, se expresó acerca de los últimos cambios con las frases más corteses y lisonjeras. Mandó cumplimentar al nuevo cónsul perpetuo con tanta efusión como premura. Las ideas en la esencia eran siempre las mismas; celebrábase, así en San Petersburgo como en Berlín y Londres, que quedase en Francia garantido el orden de un modo duradero con la